



Uno de los terapeutas a quienes mentí era una mujer muy guapa cuyo padre había estudiado con Freud. Me caía bien hasta que tocamos el tema del incesto. Iba a verla los jueves por la tarde cuando estaba en la universidad. Nuestras conversaciones giraban en torno a mi familia y yo mentía acerca de la relación con mi padre. Un día me dijo que estaba preocupada porque corría el riesgo de autolesionarme. Pretendía que fuera a ver a un psiquiatra compañero suyo para que me medicaran. Salí de su consulta y no volví a verla. En las semanas posteriores a ese episodio me dejó varios mensajes en el contestador; quería asegurarse de que estaba bien. Nunca le devolví las llamadas.

En los cuentos de hadas sobre el incesto entre padre e hija —*La niña sin manos*, *Bestia peluda*, *La cenicienta original*, *Hermanito y hermanita*, *Piel de asno* y los relatos sobre santa Dimpna, santa patrona de los supervivientes del incesto—, las hijas, como cabe esperar, están aterrorizadas ante las insinuaciones sexuales del padre. Hacen cuanto está en sus manos por escapar. En mi caso no fue así. Un niño no puede huir, y, más adelante, cuando pude hacerlo, ya era



demasiado tarde: mi padre controlaba mi mente, mi cuerpo, mi deseo. Yo lo deseaba a él. Iba a casa. Volvía a casa a por más.

La última vez que lo hice con mi padre fue en la isla, cuando tenía veintiún años. Pasé una semana en la casa de veraneo con mi padre y mi hermano, que acababa de cumplir diecinueve. Hacía un montón de años que no pasábamos juntos una semana; no había compartido mucho tiempo con mi padre desde que me había ido de casa a los diecisiete. Era la residencia de veraneo de nuestra familia. Una construcción blanca de postigos azules junto al mar. Con la bandera estadounidense en la vieja asta, cerca de la puerta delantera blanca. Se había construido unos cien años atrás y mis abuelos la habían comprado en la década de los sesenta.

Durante esa semana con mi padre y mi hermano, llevaba la parte de arriba de un bikini azul. La braguita era de un color rojo fuerte. Mi padre me deseaba. Sentía cómo sus ojos se posaban en mis hombros y mi cuello, en mis piernas, mis pechos y mis caderas. Me movía de otra manera cuando sabía que estaba mirando. Quería parecerle sensual. Caminaba de otro modo cuando sabía que estaba mirándome por detrás. Mirándome mientras yo recorría el sendero que unía la casa con la orilla. Mirándome mientras me ponía y me quitaba la camisa blanca que llevaba



por el camino hasta la playa, donde me sentaba a leer antes de darme un baño. Yo lo deseaba a él también. Ya no era una niña. Ni siquiera una adolescente. Era una mujer hecha y derecha. Mi cuerpo era el de una mujer. Jugamos al bridge con algunos vecinos en la casa situada un poco más allá de la nuestra. Estos me contaron anécdotas de cuando era niña y me divertía en la playa, e historias sobre mis antepasados. Jugamos al mus con mi hermano. Tomamos gin-tonics en el porche con mosquitera.

Los veranos de mi niñez transcurrieron en aquella casa y aquella habitación tan particular del piso de arriba. Muchos de los escasos recuerdos felices de mi infancia son de ese lugar.

Las dos primeras noches no pude parar de masturbarme, consciente de la proximidad de mi padre, que dormía solo en la planta de abajo, en aquella cama descomunal del lado oeste de la casa. No podía remediarlo. Quería, y no quería, que entrara en la habitación y me follase. Cosa que hizo la tercera noche.

Recuerdo cuando mi padre abrió la vieja y pesada puerta de mi cuarto. Yo quería que la abriese. Quería que entrase. Quería oírlo entrar en el dormitorio de las colchas amarillas y azules y las estanterías empotradas que contenían la colección completa de las obras de sir Walter Scott de mi abuelo. En la habitación con cortinas de tela blanca con estampado de veleros rojos, el espejo con el marco de arce de ojo de pájaro y el

